

Asignatura: ANTROPOLOGÍA

SUMARIO

Tema 1. Introducción: la pregunta sobre el hombre

I – Parte histórica

Tema 2. Del héroe homérico al animal racional en el pensamiento clásico

Tema 3. La visión medieval del hombre

Tema 4. Del humanismo moderno al sujeto posmoderno

II – Parte sistemática

Tema 5. La vida sensitiva

Tema 6. La vida racional

Tema 7. La vida humana y sus límites

Tema 8. La vida personal

Tema 9. La vida en Cristo: nociones de Antropología teológica

Presentación general del tema

9.1 El hombre creado y caído

9.2. Cristo, redentor del hombre

9.3 La Iglesia y el Reino de Cristo

Anexo: lectura complementaria XVI

Tema 9. La vida en Cristo: nociones de Antropología teológica

Presentación general del tema

El último tema introduce en el campo de la Antropología teológica, es decir, la reflexión acerca del ser humano realizada por la razón con el auxilio de la fe. La formalidad teológica de este tema implica una aceptación de los artículos de la fe como fuentes primeras de autoridad. Resulta aquí imprescindible una aclaración metodológica respecto a la relación entre fe y razón de tal modo que se excluyan tanto los reduccionismos fideístas como los racionalistas. A la luz de la Revelación, pues, se expone la concepción católica del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, así como su estado antes y después de la caída. Se hace especial hincapié en el estado de la naturaleza humana herida tras el pecado original y en el modo en que se prepara y se realiza la Redención por Jesucristo, en quien el hombre encuentra la clave de su autocomprensión y su plenitud vital. Cristo es el centro del plan de Dios sobre la Historia; sólo desde Él el hombre puede entenderse a sí mismo y el mundo. Dios de Dios, Logos e Hijo eterno del Padre, el Verbo se ha hecho hombre verdadero, siendo la auténtica medida de nuestra humanidad. Con su obra redentora ha reparado los efectos del pecado en nosotros, de manera que, si lo aceptamos libremente, Él vive en nosotros y nos va configurando progresivamente a su persona por medio de su Espíritu. Finalmente, nos dará la plenitud de la salvación de nuestro ser, cuerpo y alma, al participar de su Resurrección. Así, el hombre encuentra su plenitud -terrena y escatológica- en la vivencia del misterio de Cristo, Verbo Encarnado y Redentor.

9.1 El hombre creado y caído

La formalidad de la Antropología teológica implica tomar como puntos de partida los artículos de la fe. Se trata de profundizar en el misterio del hombre a la luz del misterio de Cristo. Por supuesto, el saber teológico incluye muchos otros campos más allá de lo antropológico, de modo que aquí se darán sólo unas pinceladas necesarias para tener una idea cabal de qué es el hombre a los ojos de la teología católica.

En primer lugar, la fe nos enseña que Dios es el Creador "del cielo y de la tierra", es decir, en términos filosóficos, la Causa primera de todo lo creado. Es cierto que la razón natural, por sí sola, puede demostrar la existencia de Dios, primer motor inmóvil, primera causa incausada, ser de necesidad absoluta, ser supremo y fin último y providente de todo el universo, como bien sintetizó Santo Tomás en las famosas 'cinco vías' (véase Anexo - Lectura complementaria XVI); pero también es cierto que Dios quiso incluir entre las verdades de fe la misma existencia de Dios creador. Otras verdades de fe, tales como la Trinidad de personas en Dios o la Encarnación del Verbo, sí que hubieran sido inalcanzables por la sola razón.

Así tenemos que la razón natural puede llegar a descubrir en el hombre una criatura de Dios con una especial dignidad por reflejar en su inteligencia y voluntad espirituales la misma divinidad. Y también la razón natural puede llegar a descubrir que en el hombre hay una sed de eternidad y que, sin embargo, algún tipo de desorden interno parece abocarle a una cierta incapacidad para estar a la altura de su vocación. Lo que no puede llegar a descubrir la razón natural es la realidad del pecado original en su singularidad y en sus consecuencias, ni la realidad de la promesa mesiánica y su cumplimiento y sus consecuencias.

Acudiendo a la doctrina revelada, conocida por la fe a través de la Iglesia, se nos descubre el ser humano creado a imagen y semejanza de Dios: "Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó" (*Génesis* 1, 27) en un estado de amistad y comunión entre ellos y Dios, creado para gobernar el resto de las criaturas y así servir y amar a Dios: "La armonía interior de la persona humana, la armonía entre el hombre y la mujer, y, por último, la armonía entre la primera pareja y

toda la creación constituía el estado llamado 'justicia original'" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 376).

Este estado de santidad y justicia originales se perdieron por el pecado original: "El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cf Gn 3, 1-11) y, abusando de su libertad, *desobedeció* al mandamiento de Dios (...) En este pecado, el hombre se prefirió a sí mismo en lugar de Dios, y por ello despreció a Dios: hizo elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien" (*CIC*, 397s).

Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana quedó herida, debilitada, privada de aquella santidad y justicia originales, con una inclinación hacia el mal y sometidos a la muerte, resonando en el universo entero a nivel comunitario y cósmico esta pérdida de orden: "La doctrina sobre el pecado original -vinculada a la de la Redención en Cristo- proporciona una mirada de discernimiento lúcido sobre la situación del hombre y de su obrar en el mundo. Por el pecado de los primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre. El pecado original entraña 'la servidumbre bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo' (Cc de Trento: DS 1511; cf Hb 2, 14). Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a grave errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social (cf *Centesimus Annus* 25) y de las costumbres" (*CIC*, 407s).

9.2. Cristo, redentor del hombre

La enseñanza cristiana acerca de la naturaleza caída sólo se puede entender a la luz de la acción redentora de Jesucristo. A lo largo de la Historia, la Providencia fue preparando el acontecimiento único y singularísimo de la Encarnación: "en el momento establecido por Dios, el Hijo único del Padre, la Palabra eterna, es decir, el Verbo e Imagen substancial del Padre, se hizo carne: sin perder la naturaleza divina asumió la naturaleza humana" (*CIC*, 479). Siendo verdadero hombre y verdadero Dios, la humanidad de Cristo es modelo de toda humanidad. La Antropología, a la luz de la Revelación, encuentra en la reflexión sobre el misterio de Cristo, el misterio del Verbo Encarnado, la

luz necesaria para iluminar el misterio del hombre. Todo en la vida de Jesucristo orienta nuestra comprensión teórica y práctica de la humanidad y de cada persona: "La vida entera de Cristo fue una continua enseñanza: su silencio, sus milagros, sus gestos, su oración, su amor al hombre, su predilección por los pequeños y los pobres, la aceptación total del sacrificio en la cruz por la salvación del mundo, su resurrección, son la actuación de su palabra y el cumplimiento de la revelación" (CIC, 561).

La acción redentora de Cristo no se reduce a una vida ejemplar, ni siquiera a una especie de vida moral perfecta superior a ascetas y líderes religiosos de cualquier época. Tampoco se reduce a un sacrificio moral o a una entrega modélica para exhortar a eliminar las disensiones en el seno de la sociedad o para producir una revolución política. "La redención de Cristo consiste en que Él 'ha venido a dar su vida como rescate por muchos' (Mt 20, 28), es decir: 'a amar a los suyos hasta el extremo' (Jn 13, 1) para que ellos fuesen 'rescatados de la conducta necia heredada de sus padres' (I P 1, 18)" (CIC, 622).

La vida de Cristo, su muerte en la cruz, precedida de la institución de la Eucaristía en la noche del Jueves santo, sería incomprensible y sin sentido si se olvidara el acontecimiento de su Resurrección: "Si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también es nuestra fe" dice San Pablo dirigiéndose a los corintios (I Co 15, 14). Así como Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, así como sufrió y murió verdaderamente, así su Resurrección "constituye ante todo la confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran su justificación si Cristo, al resucitar, ha dado la prueba definitiva de su autoridad divina según lo había prometido" (CIC, 651).

Uniéndose a Cristo mediante los sacramentos por Él instituidos, el cristiano recibe la gracia para sanar las heridas producidas por el pecado original y por los propios pecados personales. De ahí que una Antropología iluminada por la fe atiende no sólo a la realidad del pecado y de las inclinaciones al mal existentes en una naturaleza humana herida sino a la capacidad del hombre de recibir la gracia y de transformar su vida. Porque dice San Pablo en su Carta a los Romanos: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (5, 20).

9.3 La Iglesia y el Reino de Cristo

La obra redentora de Cristo no sólo afecta a cada individuo personalmente de un modo singular sino que reviste a la humanidad entera de una vocación universal a la comunión. En esto consiste precisamente la Iglesia: en ser "en este mundo, el sacramento de la salvación, el signo y el instrumento de la comunión con Dios y entre los hombres" (*CIC*, 780). Jesucristo no sólo funda la Iglesia sino que le infunde el Espíritu Santo para que sus miembros extiendan por el mundo entero el Evangelio. La acción principal de la Iglesia, la Liturgia, refleja una y otra vez la fuente trinitaria de la que ella misma brota. Cristo resucitado está presente en la Iglesia de tal modo que la Liturgia terrena nos anuncia constantemente y nos prepara para la Liturgia celestial de la cual participa y toma toda su fuerza: "La Iglesia celebra el Misterio de su Señor "hasta que él venga" y "Dios sea todo en todos" (1 Co 11, 26; 15, 28). Desde la era apostólica, la liturgia es atraída hacia su término por el gemido del Espíritu de la Iglesia: "¡Maran atha!" (1 Co 16, 22). La liturgia participa así en el deseo de Jesús: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros... hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios" (Lc 22, 15-16). En los sacramentos de Cristo, la Iglesia recibe ya las arras de su herencia, participa ya en la vida eterna, aunque "aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tt 2, 13). "El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!... ¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 17.20)." (*CIC*, 1130).

Anexo: lectura complementaria XVI

Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I, cuestión 2, artículo 3: BAC, 1994, pp. 110-113.

Las cinco vías

Objeciones por las que parece que Dios no existe:

1. Si uno de los contrarios es infinito, el otro queda totalmente anulado. Esto es lo que sucede con el nombre *Dios* al darle el significado de bien absoluto. Pues si existiese Dios, no existiría ningún mal. Pero el mal se da en el mundo. Por lo tanto, Dios no existe.

2. Lo que encuentra su razón de ser en pocos principios, no se busca en muchos. Parece que todo lo que existe en el mundo, y supuesto que Dios no existe, encuentra su razón de ser en otros principios; pues lo que es natural encuentra su principio en la naturaleza; lo que es intencionado lo encuentra en la razón y voluntad humanas. Así, pues, no hay necesidad alguna de acudir a la existencia de Dios.

Sed contra: está lo que se dice en *Éxodo* 3,14 de la persona de Dios: *Yo soy el que es*.

Respondo diciendo que la existencia de Dios puede ser probada de cinco maneras distintas. 1) La primera y más clara es la que se deduce del movimiento. Pues es cierto, y lo perciben los sentidos, que en este mundo hay movimiento. Y todo lo que se mueve es movido por otro. De hecho nada se mueve a no ser que en cuanto potencia esté orientado a aquello para lo que se mueve. Por su parte, quien mueve está en acto. Pues mover no es más que pasar de la potencia al acto. La potencia no puede pasar a acto más que por quien está en acto. Ejemplo: el fuego, en acto caliente, hace que la madera, en potencia caliente, pase a caliente en acto. De este modo la mueve y cambia. Pero no es posible que una cosa sea lo mismo simultáneamente en potencia y en acto; sólo lo puede ser respecto a algo distinto. Ejemplo: Lo que es caliente en acto, no puede ser al mismo tiempo caliente en potencia, pero sí puede ser en potencia frío. Igualmente, es imposible que algo mueva y sea movido al mismo tiempo, o que se mueva a sí mismo. Todo lo que se mueve necesita ser movido por otro. Pero si lo que es movido por otro se mueve, necesita ser movido por otro, y éste por otro. Este proceder no se puede llevar indefinidamente, porque no se llegaría al primero que mueve, y así no habría motor alguno pues los motores intermedios no mueven más que por ser movidos por el primer motor. Ejemplo: Un bastón no mueve nada si no es movido por la mano. Por lo tanto, es necesario llegar a aquel primer motor al que nadie mueve. En éste, todos reconocen a Dios.

2) La segunda es la que se deduce de la causa eficiente. Pues nos encontramos que en el mundo sensible hay un orden de causas eficientes. Sin embargo, no encontramos, ni es posible, que algo sea causa eficiente de sí mismo, pues sería anterior a sí mismo, cosa imposible. En las causas eficientes no es posible proceder indefinidamente porque en todas las causas eficientes hay orden: la primera es causa de la intermedia; y ésta, sea una o múltiple, lo es de la última. Puesto que, si se quita la causa, desaparece el efecto,

si en el orden de las causas eficientes no existiera la primera, no se daría tampoco ni la última ni la intermedia. Si en las causas eficientes llevásemos hasta el infinito este proceder, no existiría la primera causa eficiente; en consecuencia no habría efecto último ni causa intermedia; y esto es absolutamente falso. Por lo tanto, es necesario admitir una causa eficiente primera. Todos la llaman Dios.

3) La tercera es la que se deduce a partir de lo posible y de lo necesario. Y dice: Encontramos que las cosas pueden existir o no existir, pues pueden ser producidas o destruidas, y consecuentemente es posible que existan o que no existan. Es imposible que las cosas sometidas a tal posibilidad existan siempre, pues lo que lleva en sí mismo la posibilidad de no existir, en un tiempo no existió. Si, pues, todas las cosas llevan en sí mismas la posibilidad de no existir, hubo un tiempo en que nada existió. Pero si esto es verdad, tampoco ahora existiría nada, puesto que lo que no existe no empieza a existir más que por algo que ya existe. Si, pues, nada existía, es imposible que algo empezara a existir; en consecuencia, nada existiría; y esto es absolutamente falso. Luego no todos los seres son sólo posibilidad; sino que es preciso algún ser necesario. Todo ser necesario encuentra su necesidad en otro, o no la tiene. Por otra parte, no es posible que en los seres necesarios se busque la causa de su necesidad llevando este proceder indefinidamente, como quedó probado al tratar las causas eficientes (núm. 2). Por lo tanto, es preciso admitir algo que sea absolutamente necesario, cuya causa de su necesidad no esté en otro, sino que él sea causa de la necesidad de los demás. Todos le dicen Dios.

4) La cuarta se deduce de los grados que encontramos en las cosas. Pues nos encontramos que la bondad, la veracidad, la nobleza, etc., se dan en las cosas en unas más y en otras menos. Pero este *más* y este *menos* se dice de las cosas en cuanto que se aproximan *más* o *menos* a lo máximo. Así, caliente se dice de aquello que se aproxima más al máximo calor. Hay algo, por tanto, que es muy veraz, muy bueno, muy noble; y, en consecuencia, es el máximo ser; pues las cosas que son sumamente verdaderas, son seres máximos, como se dice en II *Metaphys.* Como quiera que en cualquier género, lo máximo se convierte en causa de lo que pertenece a tal género -así el fuego, que es el máximo calor, es causa de todos los calores, como se explica en el mismo libro-, del mismo modo hay algo que en todos los seres es causa de su existir, de su bondad y de cualquier otra perfección. Le llamamos Dios.

5) La quinta se deduce a partir del ordenamiento de las cosas. Pues vemos que hay cosas que no tienen conocimiento, como son los cuerpos naturales, y que obran por un fin. Esto se puede comprobar observando cómo siempre o a menudo obran igual para conseguir lo mejor. De donde se deduce que, para alcanzar su objetivo, no obran al azar, sino intencionadamente. Las cosas que no tienen conocimiento no tienden al fin sin ser dirigidas por alguien con conocimiento e inteligencia, como la flecha por el arquero. Por lo tanto, hay alguien inteligente por el que todas las cosas son dirigidas al fin. Le llamamos Dios.

Respuestas a las objeciones:

1. Escribe Agustín en el *Enchiridion*: *Dios, por ser el bien sumo, de ninguna manera permitiría que hubiera algún tipo de mal en sus obras, a no ser que, por ser omnipotente y bueno, del mal sacara un bien.* Esto pertenece a la infinita bondad de Dios, que puede permitir el mal para sacar de él un bien.

2. Como la naturaleza obra por un determinado fin a partir de la dirección de alguien superior, es necesario que las obras de la naturaleza también se reduzcan a Dios como a su primera causa. De la misma manera también, lo hecho a propósito es necesario reducirlo a alguna causa superior que no sea la razón y voluntad humanas; puesto que éstas son mudables y perfectibles. Es preciso que todo lo sometido a cambio y posibilidad sea reducido a algún primer principio inmutable y absolutamente necesario, tal como ha sido demostrado.